



Rubén “Gurú” Morales

1967. Estalla el volcán en Decepción

LA NOCHE EN QUE LA CENA QUEDÓ SERVIDA

En diciembre de 1967 el volcán de la Isla Decepción entró en erupción violenta. Dos protagonistas del espectacular fenómeno, Hugo (el “Turco”) Abraham y Antonio (el “Zorro”) Sedano, se encontraron en el buque Bahía Aguirre:

el Turco iba como integrante de la dotación evacuada y el “Zorro” formaba parte de un relevo que jamás se concretaría.

Pasaron más de cuarenta años hasta que esos dos hombres volvieran a verse, fue en junio de 2009, en un asado de antárticos que resultó la ocasión propicia para que ambos desgranaran recuerdos de aquellos tiempos heroicos en que el volcán los enfrentó al desafío de lo impredecible.

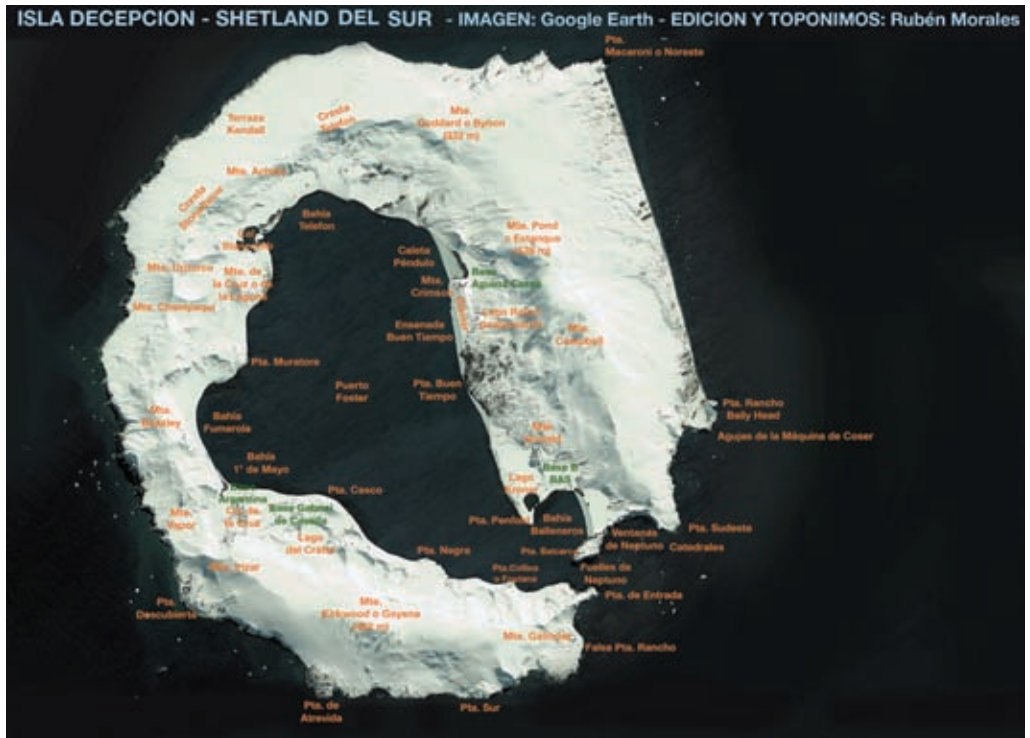
Abraham nació el 23 de febrero de 1927, fue radiooperador en varias bases antárticas de la Marina, llegó al continente blanco por primera vez en 1954 y su último viaje fue en 1971; participó en diversas internadas que suman diez años en total y como parte de ese récord estaba en el Destacamento Naval Decepción cuando el volcán estalló.

El “Zorro” Sedano, Suboficial electricista de la Marina, nació el 3 de abril de 1942, integró el personal del Destacamento Naval Decepción en 1965 y hubiera internado nuevamente en el '68 de no haber sido por el volcán. También fue tripulante de buques antárticos como el rompehielos Gral. San Martín, el transporte Bahía Aguirre y el aviso Irigoyen.

Ésta es la crónica de sus vívidos recuerdos.

Rubén “Gurú” Morales, docente, psicólogo social y publicitario. Profesor en la Universidad del Salvador (USAL), Buenos Aires, de las materias Propaganda y Publicidad y Seminario de Comunicación Política que corresponden a las carreras de Lic. en Publicidad y Lic. en Periodismo, respectivamente. En la misma universidad es Tutor de Tesis de Grado y cursa como posgrado la Maestría en Marketing Político. Como publicitario es Director Creativo de la agencia Gallo Mendoza & Asoc. S.A., donde se desempeña desde 1987. Ha escrito artículos sobre sus áreas de interés, así como ha dictado clases especiales y participado en paneles en distintas universidades nacionales. Como Psicólogo Social formó parte del primer Equipo de Emergencias Psicosociales (EPS) creado en la Argentina para la atención de emergencias emocionales en catástrofes. Fue docente en los Seminarios del EPS en la Asociación de Psicólogos Sociales de la República Argentina (APSRA), dando clases de capacitación al personal de Defensa Civil de la Ciudad de Buenos Aires. A raíz de su amistad con ex integrantes de dotaciones antárticas, se abocó al rescate de anécdotas que deben recopilarse antes de que caigan en el olvido. Son historias de tiempos heroicos, cuando la naturaleza era más fuerte que la tecnología.





Islote Yelcho.

La isla Decepción ($62^{\circ} 55' S$, $60^{\circ} 37' O$), en el archipiélago de las Shetland del Sur, al noroeste de la Península Antártica, tiene una curiosa forma de herradura. Es un cinturón rocoso que bordea una amplia bahía interior, el Puerto Foster, al que se accede por una estrecha abertura, llamada Fuelles de Neptuno. Ese aspecto de anillo de tierra hueco en su centro no es casual, toda la isla es la parte superior de un volcán semisumergido y el espacio central es simplemente su cráter inundado por el mar. En las playas de Puerto Foster surgen fumarolas de vapores sulfurosos que calientan el agua circundante. Por raro que parezca, es el lugar de la Antártida donde pueden tomarse baños termales.

El Destacamento Naval Decepción fue construido en 1948 sobre las orillas de esa reparada bahía interior. Durante la invernada de 1967 el Comandante era el Teniente Enrique Francisco Domenech, a quien amistosamente le decían “el gaucho”; el Segundo Comandante era el Oficial de Prefectura Simeón Silvio Gerula, de origen marplatense, en tanto el “Turco” Abraham integraba la dotación como radiooperador.

El año transcurría sin demasiados sobresaltos. Cada tanto se sentían temblores atribuidos a movimientos naturales del volcán. El geólogo Néstor Fourcade solía repetir con más optimismo que ciencia: Son los últimos estertores, el viejo volcán se está apagando. También minimizaban el asunto los meteorólogos chilenos de la vecina Base Presidente Aguirre Cerdá; los temblores quedaban registrados en sus sismógrafos, pero los explicaban como vibraciones causadas por choques de témpanos contra la costa. Lo cierto es que cada tanto se oían rechinar las maderas del destacamento y se notaban oscilaciones por culpa de lo que fuera. Todos estaban preparando los bolsos para el regreso, entre ellos el “Turco” Abraham que ahora, a más de cuarenta años de aquellos sucesos, se entusiasma relatando lo que le tocó vivir.

Terminaba noviembre de 1967, faltaba poco para volver a casa, el buque de transporte Bahía Aguirre estaba haciendo la descarga de insumos para la siguiente campaña en la Base de Ejército Esperanza y en una o dos semanas llegaría a Decepción. Fue entonces cuando el radio civil Elías Baraona tuvo una iniciativa desafortunada. Baraona era hombre de carácter, convenía llevarse bien con él, era mejor no contradecirlo. Tal vez se sintió

aburrido o encerrado en el destacamento, después de todo un año, y resolvió hacer una excursión para despejarse; le avisó al comandante que iba a caminar hasta la pingüinera, pero no por el sendero conocido. Elías Baraona quería cortar camino saliendo por la izquierda, hacia el glaciar, para demostrar que ésa era una ruta posible. La Rada Pingüinera se encuentra sobre el Mar de la Flota, a unos 3 km en línea de la base, pero por las características del terreno ese itinerario no es un simple paseo.

El Comandante Domenech le indicó que no era conveniente, faltando tan pocos días para volver, que era un riesgo inútil. El radio insistió, tan porfiado que el Comandante le dijo: Muy bien, pero solo no salís, y señaló al cocinero Vega ordenándole: Vos vestite también y acompáñalo.

Los que quedaban en la base salieron a verlos cuando iban subiendo, hasta que los dos hombres se perdieron en la blanca extensión nevada. No habrá pasado media hora, y volvió el cocinero, entró y cayó extenuado al piso, jadeante, casi sin poder hablar, apenas murmuraba: ¡ahh!, ¡ahhh!,... ¡la grieta! ¡la grieta!...

De inmediato se armó el zafarrancho para socorrer a Baraona. Cargaron equipos y fueron siguiendo sus pisadas. Los días ya eran largos en diciembre y había luz, en verano hay luz casi todo el día. Por fin, en medio de la informe superficie de nieve, encontraron un agujerito que no medía más de 30 centímetros. Por ahí se había caído, evidentemente existían grietas ocultas en el hielo, bajo la capa de nieve blanda, pero no se veía en qué sentido se orientaba la grieta, o si había otras invisibles en los alrededores.

Eso les hizo tomar noción del peligro que corrían, se pusieron cuerpo a tierra, así se arrastraron con mucha cautela hasta el agujero y le gritaron: ¡Baraona, Baraona! Y por ahí de abajo se escuchó un sonido débil como la voz de una viejita –ejemplifica Abraham.

–¿Y cómo estás, estás bien? –le repreguntaron. No se entendió lo que dijo, pero al menos estaba vivo.

–Bueno, te vamos a largar una sogá con un lazo, meté los brazos adentro y cuando te la hayas puesto bien, tirá de la sogá, así sabemos que te la pusiste.

Hubo unos minutos de interminable espera y por ahí se sintieron dos tironcitos en la sogá. Todos de panza al piso comenzaron a hacer fuerza para sacarlo. Pero a medida que lo hacían, la sogá se corría por el borde de la grieta quemando la nieve, se iba desplazando por la pared de hielo, alejándose del agujero por donde la lanzaron; entonces ellos debían arrastrarse en la misma dirección mientras sentían el peso del compañero caído que se movía abajo junto con la sogá. Por fin pasó lo que tenía que pasar, la sogá se cortó, Baraona volvió a caer, a metros del primer lugar. ¡Era desesperante!

Pusieron sogá triple, la lanzaron de nuevo, le hablaron a los gritos hasta que volvió a escucharse su voz. Entonces se les ocurrió atravesar un remo sobre la grieta y pasar la sogá por encima, a modo de roldana, para evitar que continuara el desplazamiento. Abraham lo cuenta así:

Y otra vez lo mismo, empezamos a tirar, a tirar, fuimos sacando, llegó un momento en que no iba más, porque estando nosotros en posición de panza era imposible levantar un cuerpo muerto caído..., hemos sido muy inconscientes, porque después pensaba que estábamos ahí al lado de la grieta, ¿qué pasaba si uno se iba para abajo? No teníamos experiencia en este tipo de rescates.



Fumarolas en Decepción.



Base chilena.

Había como 7 muchachos más que estaban tirando. Llegó un momento en que no se podía más. Hacíamos fuerza, pero no subía un milímetro. El Comandante dijo: Así no va. Vamos a pararnos todos. Vamos a hacer un buen pie en la nieve, y cuando estemos firmes “a la voz de aura” tiramos todos juntos. Así se hizo y a la voz de ¡aura! tiramos y ¡salí!

Salió bañado en sangre, no era una persona, era un monstruo, porque mientras tirábamos, venía frotando la cara contra la pared de hielo de la grieta, estaba desfigurado. Lo pusimos en el “banano”, un bote chico, de plástico, que usábamos como trineo, y para evitar problemas no volvimos por ahí, nos alejamos más, dimos un rodeo hasta la pingüinera para retomar por el camino conocido, porque con seguridad habría más grietas. Lo trajimos al destacamento, el doctor lo revisó y constató que se había quebrado una pierna. Por suerte había un aparato de rayos x para hacer placas, autoclave para esterilizar instrumentos y elementos para yesos, así que el médico procedió a las curaciones de emergencia.



El “Zorro” Sedano.

En los días siguientes, mientras el accidentado se reponía, postrado, lleno de vendajes y con la pierna enyesada colgando, había un joven electricista, el Cabo Principal Quiroga, oriundo de Tostado, Santa Fe, que socarronamente se acercaba a la cama de Baraona y le reprochaba con un sinfín de palabrotas lo irresponsable y necia que había sido su conducta. El antes enérgico radio civil ahora se sentía indefenso y culpable mientras Quiroga aprovechaba la circunstancia, se plantaba frente a él para insultarlo de arriba abajo:

Mirá viejo, esto te pasa por loco, porque sos loco vos, y sabés lo que va a pasar acá, la isla va a explotar, el volcán va a entrar en erupción, ¿pero sabés qué vamos a hacer?, nosotros nos vamos a ir, y te vamos a dejar tirado acá, y esto va a reventar todo en pedazos y a vos te vamos a dejar acá, por p...



El “Turco” Abraham.

Quiroga se enardecía más y más, sin saber que sus palabras en realidad eran auténticas profecías, salvo que presentadas en formato de insultos premonitorios. Pocos días después, el 4 de diciembre, el volcán estallaría en llamas como nunca antes en el siglo. El “Turco” Abraham lo recuerda de esta manera:

Hacíamos guardias de radio de 8 horas, con el teléfono puesto y el manipulador, por entonces muchas comunicaciones se hacían en Morse. Yo tenía la guardia de la noche, aunque en verano no hay noche prácticamente, durante las 24 horas hay luz. En invierno hay un poco de luz desde media mañana, a las 2 de la tarde empieza a caer el sol y a las tres ya está oscurecido, en cambio en verano hay luz casi todo el día. La noche del 3 de diciembre yo había estado de guardia, sin novedad, el 4 al mediodía almorcé y después me fui a dormir, como de costumbre, pero no me venía el sueño, descansé pero no dormí nada, pensé que tal vez era por la ansiedad de estar a punto de irnos. A eso de las 4 de la tarde se sintió un sacudón muy fuerte en el suelo, un topetazo que hizo mover toda la casa, fue un solo golpe seco como cuando cae un rayo pero en un instante, sin retumbar después. Nadie le dio importancia, total faltaba poco para irse y los muchachos estaban preparando los bolsos. De pronto sentí que todo estaba muy, muy tranquilo, una paz absoluta, miré por la ventana y me llamó la atención la quietud, no se veía un solo pájaro, se habían ido las gaviotas, cormoranes y otras aves que siempre revoloteaban afuera.

Mi guardia empezaba a las 20, pero bastante antes le dije a Carlos Oviedo, el otro radio, “andate vos a comer, yo me quedo. Hoy no voy a cenar”, y lo relevé.

A las 8 de la noche estaban sirviendo la cena, como siempre, mientras yo estaba hablando con el buque, preocupado porque había problemas con la radio, no entendía por qué se cerraba la banda y un molesto soplido interfería la recepción. En eso viene de afuera uno de los muchachos y me dice “¡Che, Turco, andá a ver lo que pasa en la bahía, la bahía!!! Y como era muy común la broma de mandarlo a uno a ver barcos que no existían o historias así para joderlo (aunque bien podía haber entrado un buque de otro país a esa altura del año), no

le di ninguna importancia. Pero atrás de él entró el Comandante: “¡Turco, anda a ver la bahía!”, lo miré con desconfianza y le dije “Usted también entró en esa, Comandante; vamos!”. Su respuesta y gesto me convencieron de que la cosa iba en serio, en eso conseguí radio con el buque, de casualidad conseguí porque enseguida la frecuencia se quedó sorda, sólo se oía un ruido ¡ssssshhh!! Por primera vez en mi vida mandé un SOS aunque ya no teníamos recepción para saber si lo recibían. En todo el ancho de la banda no se escuchaba nada, de modo que lancé el SOS en varias frecuencias, para que alguien lo recibiera. Le pasé la radio al Comandante, que se quedó tratando de hablar con el buque, salí y entonces vi algo que me dejó paralizado, que no se puede explicar, algo terrible: sobre la caleta Telefon había una humareda inmensa, de la que salían rayos, fuegos que subían al cielo y truenos, cosa rara porque allá nunca hay tormentas eléctricas, era un espectáculo maravilloso. En el primer momento me pareció algo muy lindo, extraordinario, pero cuando entrás a razonar y ves semejante cosa, y vos te sentís tan chiquito, para más ya prácticamente no se podía respirar, a partir de entonces empezamos a cubrirnos la cara con toallas mojadas por el vapor de azufre que había en el aire.



Islote Yelcho.

Se decidió evacuar el destacamento de inmediato. Eran las 8 de la noche, el Comandante avisó por radio que la próxima QRX (comunicación) sería a medianoche. En tanto el barco apresuraría la zarpada de Esperanza, pero no teníamos la certeza por la mala comunicación.



El hongo.

Cuando nos fuimos, alguno de los muchachos salió medio despavorido por el pánico, el asunto era no dispersarnos mientras avanzábamos, para que no se desbandaran, porque perderse en esa situación sería peor todavía. Tampoco podíamos apurarnos porque había que cargar al quebrado Baraona. Los juntamos a todos y caminamos hacia la pingüinera.

A Baraona lo llevamos otra vez en el banano, lo cual era peligroso, la bajada de la pingüinera es un acantilado a pique y si se nos llegaba a escapar el bote, ¿quién lo va a buscar allá abajo? Así tardamos como tres horas en llegar a la pingüinera, un recorrido que normalmente se hacía en 45 minutos. Por suerte llegamos bien, pasadas las 11 de la noche. Había mucho viento pero ya era diciembre, ya no eran los meses del frío. Para repararnos construimos una especie de pequeño iglú, hecho con pedazos de nieve que se sueldan entre sí.

Desde allá arriba, y dentro de lo que podíamos distinguir en la nube de humo, veíamos el resplandor, las explosiones, unas cosas grandes que subían, aparte el ruido, como un montón de calderas, era un tiraje terrible, y salían una especie de piedras para arriba y por el cambio de temperatura se ve que explotaban en el aire, con un ruido bárbaro. Y después seguía esa especie de tormenta, con rayos y truenos, lo que en la Antártida no se da nunca. Era una cosa de locos.

El Comandante designó a dos personas para volver con él a retomar la comunicación con el barco. Tenía que ir un maquinista o electricista y un radio. En total había cuatro radios, el Suboficial Segundo Connor (encargado de radio) y tres civiles, Baraona, Oviedo y yo. Pero el Comandante Domenech debía tener un gran concepto con respecto a mi persona porque me eligió para acompañarlo las tres veces que tuvimos que regresar al destacamento. Sería poco más de las 12 de la noche. Volvimos a la base con el Teniente Domenech y con Quiroga, logramos comunicarnos, seguía habiendo poca señal, quedamos en hacer otro QRX a las 3 de la mañana para informar novedades. El destacamento es una





La camareta en Decepción.

construcción de madera, sobre pilotes, con un pasillo central que tendrá unos 30 metros de largo. Desde la sala de radio yo miraba para la otra punta y se veía cómo la casa se movía, ondulaba para arriba y para abajo, es una cosa que no se puede explicar, ¡la fuerza que tiene la tierra!

En la camareta, la mesa estaba servida tal como la dejamos al escapar, agarré dos mantas y el mismo mantel y puse de todo, galletitas, chocolates, algunas bebidas fuertes, hice tres farditos, uno para cada uno, para llevárselos a los que estaban allá, que no habían comido prácticamente. El volcán parecía más calmado

en ese momento, pero cuando salimos empezó a temblar y otra vez a lanzar cosas para arriba de golpe, con un tronar espantoso, ¡que locura! Hasta pensamos que podía venir un golpe de mar, un oleaje, y mandarnos a todos al diablo.

(1)

“El laguito”, se refiere al brazo de mar que forma el lago Irizar, al que también se denominaba Caleta Inútil porque las rocas en su entrada la hacen innavegable.

Íbamos cruzando el laguito, ⁽¹⁾ que todavía estaba congelado, pero se hacía lento porque como es época de deshielo te enterrabas casi hasta la rodilla en la nieve, más aún por cargar los bultos, todo en medio de esas explosiones, y no sé si el Comandante o el otro por ahí dijo “¡rajemos, yo tiro todo!”, entonces los tres tiramos todo y apuramos el paso hacia la pingüinera.

A las tres de la mañana volvimos al destacamento, con el Comandante y el Cabo Principal Granero (motorista), “el lorito” le decíamos. Seguía un fuerte soplado en la banda, no se escuchaba casi nada. A las seis regresamos de nuevo, esa noche hicimos tres viajes para hablar por radio.

Estuvimos casi un día en la pingüinera hasta que llegó el Bahía Aguirre, fondeó cerca de la costa, porque ahí no hay puerto, y mandaron al helicóptero. El quebrado fue subido con el primer grupo y luego se evacuó a los demás; me tocó ser el último en subir al helicóptero. El destacamento quedó deshabitado. Bueno, no del todo, porque en el apuro quedaron adentro una gata llamada Curra y su pequeño cachorro.

Salimos con lo puesto, yo tenía en mi camarote las fotos de mis campañas anteriores, desde 1954, y ahí en Decepción dejé todos mis álbumes, mis diapositivas... Hoy no me queda una sola foto de aquella época.

En el Bahía Aguirre la dotación saliente se encontró con quienes habían ido a relevarlos. En principio el buque volvió a la Base Esperanza para terminar la interrumpida descarga, que se completó en poco más de un día. Mientras tanto desde Ushuaia se envió al remolcador de mar Yamana para trasladar a los evacuados lo más prontamente posible, a fin de facilitarles pasar las fiestas con sus respectivas familias, después de todos los sinsabores sufridos. El encuentro de buques se hizo a mar abierto en un día espléndido con cielo inusualmente azul, desde un punto donde se observaba —en la lejanía— la columna de humo que continuaba saliendo del volcán.

Las condiciones cambiaron drásticamente cuando el Yamana se adentró en el Estrecho de Drake. Un temporal terrible obligó al pequeño barco a derivar hacia el oeste, internándose en el Océano Pacífico en dirección a la Isla de Pascua, según estimaban algunos tripulantes. Lo cierto es que al aplacarse la tormenta se necesitaron casi tres días de navegación hasta volver a dar con la entrada chilena del Drake. El 10 de diciembre el personal evacuado desembarcó en Ushuaia, de allí siguieron en aeroplano a Río Grande y hubo que esperar el día 14 para que llegara desde Punta Arenas un Comet 4 de Aerolíneas Argentinas que, por fin, completó el viaje a la ciudad de Buenos Aires.

Entretanto, en aguas antárticas, el Bahía Aguirre continuó reaprovisionando y asistiendo a las diversas bases durante diciembre, enero y febrero con el nuevo personal del

Destacamento Decepción a bordo, en espera de órdenes de la Armada, lo que se prolongó hasta los primeros días de marzo de 1968 cuando por fin se resolvió cerrar la base. El “Zorro” Antonio Sedano, Suboficial electricista, formaba parte de aquella dotación cuya actividad estaba a punto de frustrarse y es quien relata esta segunda parte de la historia. En realidad, él hubiera deseado que lo destinaran al Destacamento Orcadas para conocer un lugar distinto, porque ya había estado en Decepción durante la internada de 1965, pero cuando presentó su solicitud la dotación de Orcadas ya estaba completa.

El *Bahía Aguirre* culminaba su tarea, antes de poner rumbo a Buenos Aires tocó puerto en Ushuaia para liberar al personal que nunca pudo bajar a tomar los cargos, pero de entre ellos se seleccionó una pequeña comisión de no más de seis miembros incluyendo al Comandante, con la tarea específica de regresar al destacamento para hacer el almacenaje y dejar clausurada la base en el menor tiempo posible.

Este grupo especial fue transportado desde Ushuaia hasta Decepción en el buque de apoyo antártico aviso *Irigoyen*, con instrucciones de no entrar a la isla porque luego de la actividad volcánica se calculaba que podía haber movimiento del fondo y variación de profundidad con respecto a las cartas impresas, de hecho ningún buque había entrado a Puerto Foster desde diciembre aunque era pleno verano. No se podía, entonces, penetrar los Fuelles de Neptuno. El *Irigoyen* llegó hasta esa única entrada de la isla y los hombres designados siguieron su camino hasta el destacamento argentino en una lancha conducida por dos tripulantes del barco.



ARA Irigoyen.

Desde la lancha, a ras del mar, mecida por el oleaje, el *Irigoyen* parecía más grande de lo que era. Su imagen se agigantaba, una sensación de incertidumbre se apoderó del grupo, una angustia que anudaba las gargantas, y se sentían más pequeños cada vez a medida que la frágil lancha se adentraba en ese mar interior. La silueta protectora del barco pronto dejó de ser visible, estaban solos en la caldera del volcán, eran los únicos intrépidos que se atrevían a desafiar a la impredecible naturaleza. Hacia la Caleta Telefon se veía la extraña isla que el volcán hizo emerger de un día para otro, era toda negra porque su temperatura constante repelía la nieve, con un cráter en el centro del cual salía una columna de humo que metía miedo.⁽²⁾ Fueron dos horas de silenciosa navegación semicostera. El patrón de la lancha,⁽³⁾ un Cabo Primero de mar de apellido Rotival, percibió el estado anímico del grupo y condujo con absoluto profesionalismo, navegó con marcha segura para transmitir confianza a sus pasajeros y con esa actitud imperturbable contuvo la angustia de todos sin decir una sola palabra. El otro tripulante era un Cabo Segundo maquinista que con mucha actividad controlaba celosamente el pequeño motor diésel del cual dependía el éxito de la operación.



ARA Irigoyen
y ARA Yamana.

Entraron al destacamento. Sedano lo recuerda con todos los detalles. La escena ante sus ojos era tétrica, aún estaba la mesa con los platos y la comida servida, sobre la cual había crecido una pelusa de varios centímetros de alto. En la cocina también estaban las ollas llenas de comida, había utensilios y cubiertos tirados en el piso, las sillas desordenadas, ropa tirada por los pasillos que daban a los camarotes, todo cubierto por una fina capa de polvo, había mucha tierra acumulada en todas partes, parecía que el tiempo se hubiera detenido en ese lugar oscuro. El Comandante dijo: *Bueno, primero hay que tratar de dar luz para ver si hay algo roto y evaluar los daños, porque así no se ve nada.*

El “Zorro” Antonio Sedano y el maquinista Mario Díaz fueron hasta la sala de motores y encendieron el generador. Afortunadamente arrancó enseguida. Mientras el motor tomaba su sonido de funcionamiento, Sedano miró el voltímetro: ¡Tensión 220 volt,

(2)
En la urgencia se la bautizó simplemente Isla Nueva. Otra denominación es Islote Yelcho.

(3)
“Patrón de la lancha” es una antigua expresión española para denominar al que conduce y es responsable de una embarcación pequeña con pasajeros, no necesariamente alude al propietario de la misma.

(4)

El Marne, tango instrumental que Eduardo Arolas compuso en Francia, en memoria de la batalla sobre el río Marne sucedida en la Primera Guerra Mundial. Es un tango apreciado por los bailarines, que ha sido interpretado por muchas orquestas, como las de Juan D'Arienzo, Aníbal Troilo y Eduardo Fresedo.

(5)

Este artículo ha sido escrito en base a diversas entrevistas que el autor mantuvo con el radiooperador civil antártico Hugo Abraham y el Suboficial electricista antártico Antonio Sedano, quienes aprueban las partes que les corresponden del relato. Las lagunas e imprecisiones en el mismo son atribuibles al tiempo transcurrido desde que sucedieron los hechos referidos. Cualquier aclaración complementaria es bienvenida: respondo@gmail.com
Se autoriza la reproducción de este artículo en medios impresos o digitales, tratándose de una colaboración no remunerada su publicación no significa exclusividad o propiedad del medio que la reproduzca, reservando el autor todos los derechos. © Rubén Morales, 2010.

perfecto! Venía la prueba de fuego para ver si la instalación respondía, Sedano conectó la llave principal y ¡comenzó a escucharse una música!, fantasmales sonidos de orquesta resonaban en la casa vacía. El “Zorro” corrió hasta la camareta, desde el Wincofón salían los compases del tango *El Marne* (4) en un long play de Juan D'Arienzo. Era el disco que el personal anterior estaba escuchando tres meses atrás durante la cena y la púa quedó asentada sobre el vinilo al cortarse la corriente; luego al volver la electricidad el aparato continuó la reproducción. El generador tenía una llave principal que la distribuía a un tablero con interruptores para las diversas dependencias, pero en el apuro habían cortado solamente la llave general.

Se hicieron las tareas de mantenimiento y almacenaje previstas, se ordenaron los camarotes porque había mucha ropa tirada en el piso, debido a que el volcán estalló justo cuando se estaban preparando los bolsos, también se recogieron los efectos personales de la dotación evacuada para su posterior reintegro. Fue preciso limpiar y preparar los motores generadores, los transmisores de radio, la cámara frigorífica, el tanque, las cañerías y todo en general para la clausura. En un entretecho, donde se guardaban los embutidos y quesos, encontraron el cuerpecito muerto de la gata Curra, que fue olvidada en la casa durante la evacuación. Había sobrevivido un cierto tiempo porque estaban las huellas de sus mordidas en las mortadelas y salamines almacenados.

Luego el equipo de trabajo realizó una salida, no exenta de riesgo, en dirección a la boca del volcán para evaluar los daños producidos en el refugio argentino Thorne, del cual encontraron en pie sólo los basamentos, la casa se destruyó como si hubiera estallado, algunos muebles y objetos pesados habían sido arrojados a más de 100 metros de distancia.

Toda la tarea se completó en una semana. El Destacamento Naval Decepción quedó cerrado pero sin llave ni trabas en las puertas para que sirviera como eventual refugio. El grupo retornó en la lancha al noble aviso *Irigoyen*, que los esperaba en el Mar de la Flota, en cercanías de la isla, para devolverlos a Ushuaia con la satisfacción de otra misión cumplida, sin novedad.(5)



El refugio Thorne, antes y después de la erupción del volcán.